

cerse en muchos sentidos aleccionador cuanto aquí se dice, aparte de las posiciones directamente recusables, no sobra llamar la atención sobre lo sugestivo de un tono que, precisamente por eso, es tan fácil al contagio; y que parece, sobre todo cubierto bajo la capa de la buena intención, ser inofensivo, pero que en el fondo es heterodoxo. Es el caso de toda disquisición sobre lo religioso, en manera particular si es crítica, que no se hace desde una firme dogmática. Bien está discutir al adversario su terreno. No sólo eso está bien, sino que constituye el programa obligado para todos. Pero atentos a no hacerlo a partir de exceso de concesiones. La experiencia ha testimoniado reiteradamente que en concreto en el combate con el comunismo la discusión con el adversario en su propio terreno ha solido llevar a cedérselo por suyo y a entregarse a él. En más de una ocasión, a través de la lectura de este libro nos hemos preguntado si el modo que propugna para dar vida al cristianismo no implica de hecho una almoneda más de las esencias cristianas. Ese procedimiento no deja de estar en la tradición de la historia protestante.

El libro, por lo demás, hay que situarlo en lo más céntrico de una interpretación de la cultura típicamente germana. Lo cual quiere decir que, si es clarividente para penetrar en situaciones características de la cultura del norte, es bastante ciego para apreciar las formas correspondientes del sur. Un caso por todos, el que sustenta la contraposición «Heiliger oder Jünger», a que antes nos hemos referido, y que constituye el tema del capítulo 5.º, sobre el que se vuelve en el capítulo 10. La doctrina a ese respecto expuesta, interesante sin duda, supone nada menos que la incapacidad para sentir la presancia de fondo de todo lo más significativo del humanismo clásico.

S. ALVAREZ TURIENZO

OEING-HANHOFF, Ludger: *Ens et unum convertuntur. Stellung und Gehalt des Grundsatzes in der Philosophie des hl. Thomas von Aquin.* Beiträge z. Gesch. der Ph. u. Th. des M.-A., Bd. XXXVII, Heft 3. Münster, Aschendorff, 1953. XVI-1945 pp., 24 × 16 cm.

Tenemos delante un concienzudo estudio sobre un centro vital de la Metafísica, cuyas ramificaciones se van desarrollando paso a paso en un constante y masivo contacto con los textos de Santo Tomás, y con un aprovechamiento casi exhaustivo de la literatura reciente en torno al tema.

Como sugiere el subtítulo de la obra, era preciso, ante todo, dar situación al célebre principio *ens et unum convertuntur* dentro del marco de la concepción metafísica de Santo Tomás, y someter a un análisis detallado el mismo concepto tomista del ser, clave de toda la cuestión. Sólo después de esta labor previa, vencida ya la mitad de la obra, se aborda el propio tema de la convertibilidad, todo lo que es *ens* es *unum* y todo lo que es *unum* es a su vez *ens*, para

tratar luego en los dos últimos capítulos, por vía de complemento doctrinal, las diversas clases de unidad: el *unum* trascendental, el *unum* principio del número, unidad de Dios, unidad de los principios del ente, unidad de la substancia (*unum per se*), unidad del complejo substancia-accidente (*unum per accidens*), unidad del todo respecto de sus partes, varias maneras de *unum secundum quid*—multitud sometida a una unidad lógica, a una unidad de causa, de fin, de orden, etc.—, y por último, las conexiones del *unum* con los otros trascendentales *verum* y *bonum*.

La metafísica es el ápice de las ciencias, mira las cosas puramente en cuanto son ser, lo más universal, lo más inteligible. En su carácter de primalidad toca a ella asentar, por el lado del sujeto, la posibilidad misma de la ciencia en general, y junto con ello la función de perfección y aun de beatitud que existe para el hombre en esa misma actividad de altísima y desinteresada especulación.

El problema de la unidad trascendental no es separable de la estructura metafísica del ente. Esta estructura tiene una formulación peculiarísima en la metafísica tomista, enraizada en la teoría de acto y potencia. Sobre esta base aristotélica Santo Tomás ha ideado el ente como un encuentro sintético de ser y esencia, principios ambos formales, insubsistentes, por los que tiene ser real el *ente*. El ser es de suyo perfección ilimitada, determinable y contraíble; la esencia es una capacidad y molde determinante, finitizante, no al modo de *principium factivum*, sino *formale*; la conjunción de los dos principios da realidad a un ser limitado, definido; el ente, por tanto, no goza de una unidad o indivisión de simplicidad, sino de composición. La distinción de ser y esencia y su función unitaria en todo el ámbito del ser finito, es la pieza clave de la unidad tomista del ente. Ser y esencia (principio) no *son* propiamente, sino que por ellos es el *ente* (principiado). Principio y principiado no se distinguen en el *qué*, sino en el *cómo*. Con una terminología de N. Hartmann puede hablarse modos de ser distintos; el modo de ser del principio será formal, *ideal*, el del principiado *real* (págs. 64-65). El ser del principio no es un ser subsistente, sino aquello por lo que subsiste el principiado, el ente. Se da aquí una dialéctica de contrariedad y complementariedad, tanto en los dos coprincipios entre sí, como entre ellos y su principiado. Tomada la esencia rigurosamente como principio limitante, Dios no tiene esencia, o su esencia es ser sin esencia, absolutamente simple; pero tampoco es ser indefinido, que no es nada sin la determinación de la esencia (reminiscencia del *epékeina tes ousías* de Platón y luego de Plotino y del super-esencial del Ps. Dionisio); por consiguiente, tampoco es el *ens commune*, presente universalmente en toda determinación de ser. Frente al ser indeterminado y al ser infinito de Dios, el ser finito encaja en un doble esquema de participación, *participación por composición* y *participación por similitud*, imitando finitamente la infinitud de Dios.

Nada fundamentalmente nuevo hay en esta exposición que se mantiene dentro de una exégesis tomista; el autor fija con términos

precisos y justeza histórica las posiciones de Santo Tomás; no es su intento justificarlo o fundamentarla, si bien se apuntan refuerzos dialécticos del neotomismo (Lovaina), como la consideración del paralelismo entre la virtud componente, sintética, del juicio existencial, *cópula es*, no reducible a nota predicacional, analítica, del sujeto, y la correspondiente bivalencia de esencia quiditativa y efectivo existir en el objeto. Van también apuntados los enlaces históricos que aclaran y recortan la tesis tomista: Platón, Aristóteles, Avicena. La estructuración del ente en Santo Tomás parte de aquéllos, pero difiere de ellos. Aristóteles no conoce una distinción de ser y esencia, no tiene aquí aplicación su teoría general de acto y potencia; Avicena la entiende como junta accidental, esencia posible y existencia contingente. Tampoco hay equivalencia con la moderna teoría de estratos; precisamente la eliminación por Santo Tomás de toda pluralidad de formas (substanciales) excluye toda estratificación que no sea jerarquía entre seres completos independientes.

A lo largo de la obra advertimos ciertas precisiones terminológicas, que pueden aportar elementos nuevos a una temática tomista. Lo más notable a este respecto quizá sea la constatación de que Santo Tomás no usa el par enfrentado *essentia-existentia*, que se ha hecho luego clásico en la escuela y se ha conservado en las lenguas romances (en alemán vertido por *Sosein-Dasein*). Tal inflexión es una *esencial extrapolación de conceptos* (pág. 77). El momento existencial en rigor, no entra en el *ens* de Santo Tomás, *ser y esencia* se mantienen más bien en un plano homogéneo formal, pre-real, en el sentido de Oeing; sólo *existe*, en realidad el ente, mediante sus principios formales, el ser y la esencia (en alemán *Sein y Wesen*). El desplazamiento del *esse* a *existencia* ha conducido frecuentemente a una versión de la teoría, en la que más que composición de principios reales, habría distinción real negativa del ser real, posible, no existente, y el mismo existente, contingente ente existente, es decir, muy cerca de la manera de ver de Avicena, o bien, en el caso de algunos tomistas, una composición del ser y la nada, de existencia (actualidad) e inexistencia (esencia aún no actualizada), o todavía, en los que quieren ver sólo una distinción de razón, fundada en la realidad, una duplicidad de consideración de la cosa, en cuanto es tal cosa, y en cuanto simplemente es (uno y otro miembro considerable en la cosa posible o realizada). El *esse* tomista no es el opuesto a una esencia aún no realizada, sino simplemente el indefinido respecto de un principio definiente; lo único que existe o es posible, como síntesis de los dos principios complementarios, es el *ens*, sujeto lleno, recortado, potencia actuada o acto limitado; el *ens* tomista, así estructurado, no es menos el existente que el posible, uno y otro real, en la terminología de Suárez.

La base de toda esta concepción es, sin duda, la suposición de que el ser de suyo es ilimitado e infinito, positivamente, no sólo precisa o negativamente, como se dice en la escuela. Ahora bien, una mayor profundización exegética e histórica hubiera llevado al autor

a referir más ampliamente esta concepción del ser al modo de ver platónico, donde tiene su verdadera raíz, hay sólo una alusión fugaz en el texto (pág. 45) al concepto platónico *orientado a la identidad estática e inmutabilidad*. Justamente se busca fuera de esos tipos eidéticos el principio de movilidad y de multiplicidad. Aristóteles juntará la materia prima, moldeable y partible, a las formas específicas (herederas de las ideas platónicas). Idea platónica y forma aristotélica se revisten de un halo de totalidad y perfección ilimitada en su línea, y, por añadidura, comportan una suficiencia lógica y metafísica en sí que les confiere un ser, un existir, no contingente, sino necesario, como *entia a se*. Todo ello queda por fuerza muy lejos de la pobreza del ser indeterminado que viene en composición con la esencia potencial. La omnivalencia del ser, reducida a mera abstracción de la mente, obligaría a trasportar todo a un esquema puramente lógico todo el artificio metafísico levantado sobre la infinitud real del ser. Santo Tomás conserva, sin embargo, ese esquema, y toda la tradición tomista posterior lo considera válido para explicar la finitud de los seres creados. La fidelidad al núcleo doctrinal platónico-aristotélico y la corrección que impone la contingencia radical del ser finito, ha creado una problemática y una fuente de aporías, que presionan con especial fuerza cuando se quiere deslindar el *ens commune* de la realidad de Dios.

En orden a una aclaración exegético-histórica, señalamos otra variación terminológica, apuntada por el autor (págs. 80 y 64, nota), donde se relaciona la fórmula *quod est - quo est* con la esencia y ser tomistas. Sería muy interesante seguir la evolución significacional de estos términos desde Aristóteles. El tan discutido *to tí en einai* aristotélico, que pasa en Santo Tomás y aquí en el autor por expresión de la esencia, es efectivamente la esencia, pero no contrapuesta al *esse*, sino a la materia (en Aristóteles sólo la forma totaliza lo que de esencia hay en la cosa) y también al todo (*synolon*), compuesto de materia y forma; dicha esencia lleva ya en sí el *esse*; por virtud de ella es esencial y existencialmente el singular, la substancia primera; el otro coprincipio, la materia, es el mero sujeto, sin más función que dar subsistencia, existencia real (contra Platón) a aquella esencia ya determinada en cuanto al *esse* y en cuanto al *quid*. En Santo Tomás ha venido a disociarse aquel complejo ser-esencia y a desplazarse al sujeto las funciones determinativas, contractivas, del ser; no es la esencia mero sujeto de subsistencia y realidad, sino principio limitante, capacidad receptiva que imprime los rasgos definicionales del ente. Con ello se ha incrustado la potencialidad en la idea y forma platónico-aristotélica, y, por otro lado, ha quedado al descubierto un ser, que siendo aún la fuente de realidad, se ve necesitado de un principio distinto de determinación para poder efectivamente ser real.

El trabajo de Oeing es especialmente adecuado para suscitar una rica problemática en torno a las más básicas posiciones tomistas.

LUIS MARTÍNEZ GÓMEZ, S. I.

OGBURN, W. F., y NIMKOFF, M. F.: *Technology and the Changing Family*, The Riverside Press, Cambridge, Massachusetts, 1955; 329 + V páginas.

Este es un libro sobre los cambios acaecidos en una de las instituciones fundamentales de la vida social, y si bien sólo recoge datos referentes a la sociedad americana y sólo a ella se pueden aplicar sus descubrimientos, no es muy aventurado advertir que su lectura será provechosa en alto grado a los lectores del mundo occidental. No poco del material que en él se contiene puede, cuando menos, sugerir hipótesis de estudio para trabajos similares dentro del ámbito de España, por ejemplo. Más todavía cuanto que no es corriente aún, por desgracia, que los sociólogos se apliquen enconadamente a la investigación de los cambios y tendencias sociales. De entre los pocos cualificados para la tarea, Ogburn y Nimkoff lo están como nadie.

La primera razón de este libro es la necesidad de estudiar los cambios recientes en la familia. La segunda es una razón puramente metodológica. Ya Ogburn había analizado con detalle los efectos sociales de una invención principal (*The Social Effects of Aviation*, 1946) y ahora hace justamente lo inverso, esto es, toma una única institución social y registra las influencias sobre ella de muchas y diferentes invenciones y descubrimientos científicos.

La parte final de la introducción está destinada a explicar los fundamentos metodológicos en los que está basado todo el trabajo. En ella se trata del problema de la causación y concretamente de la invención mecánica como causa. Asimismo, de los componentes de la causación, es decir, de las secuencias y convergencias de las causas y de las dispersiones de efectos de una sola causa.

En el primer capítulo se proporciona una lista detallada de los cambios más importantes acaecidos a la institución familiar en opinión de dieciocho expertos. Cada uno de los consultados sometió los diez cambios más sobresalientes experimentados a su juicio por la familia en tiempos recientes, y, de entre ellos, los ocho siguientes consiguieron la mayor frecuencia de mención: creciente *tax* de divorcio, mayor difusión del control de la natalidad y/o disminución del tamaño de la familia, decrecimiento en autoridad de maridos y padres, aumento de relaciones sexuales fuera del matrimonio, aumento en el número de esposas que trabajan fuera del hogar y por paga, aumento del individualismo y libertad de los miembros de la familia, transferencia de las funciones protectoras de la familia al Estado y decadencia de la conducta religiosa en el matrimonio y en la familia. Como dato estadístico, en el primero de los cambios enunciados coincidieron todos los sociólogos consultados y, en el último, solamente la mitad. Y lo curioso es que, si bien es cierto el aumento en el número de divorcios, no lo es menos que el número de personas casadas es proporcionalmente mayor que nunca y que, además,